



# Viaje de Conscriptos

Por: *Civil*  
**Teófilo HUERTA**  
Diseño: *1er. Mtre. SIA. Dib.*  
**Marco Antonio VEGA HERRERA**  
Fotografía: UNICOS

## *A los marineros del mundo*

Este es el relato de una experiencia inolvidable. Aunado a una juventud que nace e incierta se asoma a la vida, el viaje por el inmensurable y siempre misterioso mar deja un hondo recuerdo que, al difundirse, es capaz de mostrar todo un mundo de esperanzas y reflexiones.

### Preámbulo

**R**ealizar un viaje por barco, como estímulo del Servicio Militar prestado a la Nación en el seno de la Armada de México durante un año, es despertar de la asfixiante monotonía de una ciudad contaminada y deshumanizada. El mar no puede acudir a toda la gente, pero aquellos que puedan tener el privilegio y la suerte de llegarse hasta él, encontrarán

características nada habituales en nuestro diario trajinar y querrán extender sus días por el océano.

Cuando las vivencias van a la par de una forma de ser del verdadero marinero y uno se identifica con él, el resultado deriva en el descubrimiento de altos y respetables valores.



*Buque Tehuantepec navegando con personal del Servicio Militar Nacional.*



## La Partida

Pocos lugares en que se imparta el servicio militar en México, como Cuernavaca, Xochimilco. Extensa área de pavimento, escoltada al poniente por el canal de pruebas deportivas con dos kilómetros de longitud y, al oriente, por el lago de Xochimilco. El lugar es escenario dominical de la instrucción que Maestros y Tenientes de la **Secretaría de Marina** dan a los valentones jóvenes con un promedio de 18 años.

Después de pesados días en donde los gritos, ejercicios y marchas forzadas aturden el físico y la mente de los marinos del servicio militar, los inquietos jóvenes que han sido más fieles, se hacen acreedores a un viaje de "prácticas". Cuando las rabonas cabezas se han convertido en centro de burla para muchos, cuando las sudaderas y uniformes azules se han decolorado frente al inclemente sol, cuando las ampollas han estallado dentro de las botas, la recompensa de un viaje se hace llegar para trescientos afortunados entre unos dos mil.

Próximos a la decembrina fecha de liberación, los marinos se alistan a salir, ante la mirada triste y quizá envidiosa de quienes tienen que quedarse a la sombra del olvido.

El viaje de noviembre, generación del 75, tiene rasgos dignos de narrarse al estilo del oleaje marítimo y del atrevido calor. Sencillos pero no insignificantes pasajes rodean a esta historia real. Para aquéllos que la vivimos resulta trascendental no sólo por el romántico recuerdo que encierra, sino por la enseñanza filosófica y material que la naturaleza, las costumbres de otros lares y la existencia indescifrable del verdadero marino tienen.

Era un miércoles otoñal el día de la partida. Por las céntricas calles de Doctor Río de la Loza y Vértiz, el conglomerado azul de jóvenes atraía a

automovilistas. Seis autobuses de primera clase aguardaban la nocturna hora de salida. El contaminado ambiente se purificaba un poco del aire juvenil lleno de esperanzas. Un buen porcentaje de muchachos provenían de los estratos obreros y campesinos de nuestro país. Para ellos, sobre la emoción de otros, el viaje era una puerta a lo desconocido. El mar vendría a saciar a aquéllos de ventura y permitiría olvidar muchos satisfactores materiales que se anhelaban.

Aún hubo tiempo para ceremonias. Los tambores y clarines sonaron en el ambiente. La muchachada entonó el Himno de Infantes de Marina. De inmediato ocurrió la distribución en los camiones.

El sencillo equipaje era compuesto por el uniforme de gala, zapatos negros, utensilios de baño e instrumentos para la comida. De cada maletilla destacaba un pequeño cartón con un número de identificación del dueño; número que sustituiría al nombre como durante todo el año de servicio.

Los camiones en hilera habían emprendido la ruta. En cada unidad por lo menos un superior como responsable de los marinos del Servicio Militar. Responsabilidad que por fin, en contraste con las sesiones dominicales, renunciaba al autoritarismo para ser consecuente con el ánimo de los viajantes.

Muchos pronto se entregaron al sueño o simulon hacerlo. Otro buen porcentaje como es natural en este tipo de convivencias, decidió lanzar chascarrillos, conversar o fumar. Uno de los instructores con quien me tocó compartir el asiento, platicó mientras el autobús tomaba la carretera hacia Acapulco. Chema, nombre de este cabo que también sabía portarse severo con los jóvenes, ahora mucho más amigable, narró algunas anécdotas propias de los viajes militares.



El tema central de la charla delataba con dramatismo el ambiente característico de aventura que vive el marino en altamar. No dejaban esas historias de tener gracia, ni tampoco de ser expresión de las manifestaciones culturales que se recogen en otros pueblos y que muchas veces enseñan más que un libro. Aquel marino desposeído de una educación escolar, guarda consigo vivencias de profunda importancia.

Después de un desesperante embotellamiento sobre la calzada de Tlalpan, los autobuses tomaron la autopista. Poco a poco los muchachos desistieron de sus bromas y existían murmullos alternados. Un compañero, lejos de conciliar el sueño, levantaba ante sus ojos un diario. Una llamativa cabeza distinguía al periódico: "Agoniza Franco". Era un adiós a las noticias, al contacto con el mundo habitual, a todos nos esperaban días de curiosa soledad en medio del mar.

#### **La Travesía**

En la oscura madrugada de curvas y montañas, la caravana de autobuses se perdía. En dos ocasiones se detuvo largos minutos.

Nunca un camión se despegó del otro. La armónica compañía motorizada seguramente protegía a sus pasajeros, pues el destino no era nada ajeno a las funciones militares: Guerrero, tierra candente por su clima y su guerrilla.

La penumbra se perdió cuando ingresamos al ámbito de los luminosos anuncios de hoteles y restaurantes. Estábamos ya en el puerto de Acapulco. Pronto los camiones penetraron a la base Naval. A través de las ventanas se podía observar el atractivo de la bahía. Los hoteles rodeaban a un mar todavía dormido. Esa agua ya no era de Cuemanco, no había sobre ella canoas para competencia sino imponentes barcos.

Lejos de estar bien "arranchados" como el Teniente Merino decía en la instrucción al referirse a una presentación pulcra, se formaron pelotones con todos los conscriptos. Los Marineros del lugar se aprestaron a dar un servicio eficiente; conducidos por ellos subimos a un barco y de éste atravesamos a otro mediante una serie de tablones.





Pronto saldría el sol. Mientras tanto, los Tenientes permitieron un pequeño descanso en los alojamientos destinados. De acuerdo a la tradicional jerarquía, los superiores se acomodaron en camarotes cerca de la proa. Los demás ocupamos las literas distribuidas en babor, en estribor y en popa.

Cuando el intenso sol se posó en el puerto, los Tenientes dieron la orden de formarse en la cubierta de popa. Los rasgos del Tehuantepec, barco comprado a los Estados Unidos y que fue actor de la guerra vietnamita, eran ya distinguibles. A continuación vinieron explicaciones generales acerca del propio transporte, así como de las primeras tareas por realizar.

Ante la imposibilidad de abandonar la posición de firmes, sólo de reojo era posible admirar el bello paisaje que arrebatava la atención. Ese mismo paisaje se abrió y mostró sus diferentes ángulos cuando las anclas se levaron. El barco se movía lento y suave hacia un mar infinito.

Las instrucciones del teniente proseguían. Las camisolas de manga larga así como las gorras resultaban insoportables: el sudor repiqueteaba incesantemente. Se leyó una lista de concriptos a quienes les correspondían las tareas de lavar platos, servir la comida, hacer guardias durante todo el día y también asear los baños. Se indicó que no habría agua sino hasta la hora de comer para lavarse las manos y que ese día nadie podría bañarse.

De inmediato se dio paso al almuerzo. Una larga hilera se formó para pasar al comedor. Cada marinero recogió su charola para pedir sus alimentos y pasar a sentarse a las largas mesas. El café negro y el huevo revuelto fueron víctimas de los hambrientos viajeros. Hasta para comer debía existir rapidez según las últimas órdenes

que, a pesar de todo, comenzaban a dar un giro pues un Teniente comunicó la grata noticia de que todos podían ponerse cómodos, así como disponer del tiempo libremente durante el resto del día.

Camisolas y botas fueron sustituidos por sencillas camisetas y sandalias. Muchos optaron por comenzar a conocer el barco, otros prefirieron reposar en el hierro gris del mismo y desde ahí admirar la lejanía. Varios más elegimos lo más fácil pero también lo más inteligente con el fin de tener energías para las próximas horas: dormir. Las literas si bien eran incómodas, resultaban siempre un agradecido lugar para el descanso.

Fue el olor a comida o tal vez con mayor razón el trastabilleo de los platos, los que alteraron nuestros oídos. Tras de levantarse había ya que tomar nota de algo que sería rutina en los cuatro días de viaje: la cansada y calurosa formación para pasar al comedor.

El tenue movimiento acompañó a la carne de res y a un escurridizo atole. Las charolas apenas se terminaban de ocupar y eran nuevamente enjuagadas por los encargados de esa tarea.

En el propio comedor comenzaba a fincarse el compañerismo. Lejos de los domingos de envidia y soberbia, los muchachos sabían que lo más valioso del viaje debía radicar en el respeto mutuo.

Tras los alimentos, seguirían horas de tranquilidad, óptimas para la meditación junto al paisaje celeste.

### **La Espera**

Rumbo, rumbo, rumbo....rumbo, rumbo, rumbo. Con una voz profunda, con las "u" arrastradas, un Marino pedía a su compañero de mando reparara en la dirección del barco, así como en su velocidad. A todos nos llamó la atención ese



grito. Al principio ignorábamos de dónde venía y más aun qué decía. Algunos pensaban que lo que se gritaba era “humo, humo, humo”, lo cual era un poco inquietante.

La tarde era entrada. El trayecto hacia Manzanillo se tenía calculado en unas 24 horas. Llegaríamos hasta el amanecer del viernes. Todos nos enfrentábamos a un largo anochecer; sin embargo, a las ocho los lechos deberían estar ocupados.

El Tehuantepec surcaba las aguas del Pacífico a una velocidad que pasaba inadvertida cuando los ojos se perdían en la inmensidad del mar. El calor tremendamente sabroso recibía, placentero, el alivio de un coqueto resoplar del aire.

Eran momentos de lectura ligera (no faltaban los comics) y de reflexión. Algunos aprovechaban el tiempo para estudiar, pues los exámenes de bachillerato esperaban al regreso. Sutilmente escondidos al fondo de la popa, otros desataban con su voz las impresiones que sus almas retenían; como

de contrabando una guitarra los acompañaba. Las cuerdas emitían notas acompasadas por el murmullo del mar.

La soledad nos abrazó a otros tantos que todavía no lográbamos fomentar una amistad. Fuera del saludo sonriente que nos transmitíamos al pasar, permanecíamos a la expectativa, sabedores de que en el puerto de Manzanillo tendríamos que convivir más.

Pese a todo, esa soledad era un encuentro personal. Servía como recipiente para las penas. En ese gigantesco ámbito, la familia, la escuela, la ciudad, no existían. Nos rodeaba la antigüedad de las aguas, el silencio del tiempo, el encuentro con una naturaleza abierta a la vida.

El barco como era de guerra, llevaba unos seis cañones venturosamente en desuso. Cañones que apuntaban al horizonte y que algún día mancharon de rojo ingrato el azul de un inocente mar.





La luz se perdió no en las montañas, porque no podía haber, pero sí en el ondular de las olas. Al tiempo de hacer la tradicional cola para merendar, el cielo le robó hermosura al agua, lucía blanco de estrellas que apuntaban hacia nosotros. La luna se perdía entre ellas. Jamás en la moderna Ciudad de México se ha visto ese manto luminoso, quizá antaño sí.

El sereno había mitigado el calor y por ende el ansia. Después del comedor, la orden era retirarse a los aposentos. Allí, cepillos y grasa dieron lustre a las maltratadas botas, que pese a todo no resultaban ya tan pesadas, pues no llevaban herraduras para evitar cualquier accidente.

Las literas no eran suficientes. Algunos compartieron su lecho en forma acrobáticamente incómoda. Muchos más no tuvieron inconveniente en tirar toallas al suelo y así sentir el ir y venir del barco. Todos nos recostamos en calzoncillos o trajes de baño, pero se hacía necesaria una toalla para abrigar el cuerpo entrado en sueño.

Era muy temprano para dormir. Aquella noche fácilmente emulaba a los tiempos de niñez. Pero todo iba compensado: el viernes debíamos estar en pie a las seis.

Después de las comprensibles bromas nocturnas, vino el respetuoso silencio. Los compañeros responsables de la guardia tomaron con calma su misión y se sentaron junto a la compuerta a respirar el salado viento.

Cuántos temas oníricos no acompañarían la atmósfera de ese espacio. El dulce mecer del barco permitió un descanso más eficiente. Sin embargo, en algunos movimientos los sobresaltos no dejaron de

darse. El temor de que temblaba se desvanecía con el recuerdo de la estancia en altamar.

La cerrada oscuridad aún privaba el lugar pero ya era madrugada. Un cuchicheo se fue acrecentando a medida en que el rumor de que había agua para bañarse trascendió entre la mayoría.

A nadie le interesaba si el agua estaba caliente o fría, lo importante era refrescar esos cuerpos sudorosos y cansados. Muchos aún tenían sueño y se hacían concha para no alejarlo. Pero los demás preparábamos estropajo y jabón con el fin de comenzar activos un día de interesantes quehaceres.

### **El Puerto de Manzanillo**

Muy cerca de las costas de Colima, el conglomerado del Servicio Militar se alistaba a las cuatro de la madrugada a darse un merecido baño. No podía faltar para esto la necesidad de hacer cola. Despojados de toda ropa y con una toalla a la cintura, esperábamos pacientes el momento de mojarnos. Nuestros ojos adormilados se acostumbraban poco a poco a trabajar.

El dichoso baño no podía durar más de un minuto. Era el tiempo justo para cerciorarse a qué temperatura se encontraba el agua. Enjabonarse y enjuagarse debía ser la acción simultánea. A fin de cuentas el baño resultaba un espejismo pues al salir de las tibias regaderas uno se volvía a enjabonar con el contacto de otros cuerpos que adelantaban pasos.

Tras secarse...el jabón..., varios decidieron salir a tomar el purificante fresco, quienes tenían que realizar servicios en la cocina y comedor se aprestaban a hacerlo. Otros pensamos que una hora podía reconciliarse con el sueño y nos recostamos de nuevo.



Cuando estábamos dispuestos a almorzar, el barco se detuvo lentamente. Nos asomamos al exterior y ya no vimos una lejanía incierta. Nuestra vista fácilmente chocaba con otros barcos y con montículos alrededor.

Sobre un pintoresco cerro se observaban sencillas casas, veredas y postes de luz. Aquel cerrito hacía recordar los nacimientos navideños. A lo lejos en medio de elegantes cordilleras se veía un poblado blanco y armónico, un lugar privilegiado al que no había acceso: el renombrado conjunto turístico de "Las Hadas".

Este viaje llamado de "prácticas", más bien era de enseñanzas personales acerca de lo que significa la vida en el mar.

Al terminar el almuerzo se permitió conocer el puerto hasta mediodía en que todos debíamos regresar. Las carreras inundaron los pasillos. Unos iban por sus cámaras fotográficas, otros por sus trajes de baño. Descender del barco fue emocionante ya que como cargaba aceite no estaba debidamente acomodado y había que hacerlo por una resbalosa y empinada pasarela.

La ciudad por su pequeñez obviamente se vio alterada en su movimiento al arribo de trescientos viajeros inquietos. Por más que

elegimos caminos diferentes, no existía lugar en el que no hubiera un grupo de Marineros. Casi todos coincidimos en el centro como lugar de visita. Los Tenientes eran los únicos que presumían sus ropas de civiles que precavidamente habían enmaletado.

Fueron momentos propicios también para tomar algún refresco. En ese corto paseo conversé con el camarada 656 (los nombres parecían no existir), quien dormía en la litera superior a la mía. Cuando estábamos sentados a la mesa de un restaurante del zócalo nos vimos abordados por pequeños con sus ropas sucias, su acento y su simpatía conmovedora. Algunos ofrecían bolearnos las botas, otros vendían mariscos.

El 656 decidió comprarle a uno de esos chicos.

-¿Quieres una tostada de ceviche? –me preguntó el camarada.

-No gracias –contesté con seguridad.

Sin embargo, él compró dos tostadas y gentil me tendió una con su mano. Apenado, pero firme en mi posición no se la recibí.

No gracias, de veras, no me gusta el pescado.

¿Por qué? Pruébalo –insistió.

No, en serio, cómete las dos tostadas.

Sé que de alguna forma quebranté el significado que el viaje tenía como experiencia. El





compartir un alimento propio del lugar era lo más lógico, pero por más que yo fuera como Marino en el barco, la verdad es que llevaba conmigo mis arraigados prejuicios.

Al regresar al Tehuantepec se sirvió la comida para después indicar que el blanco uniforme de gala tenía que estar listo. Nos esperaba un desfile que ya un automóvil parlante anunciaba por todo el puerto, así como se acostumbra difundir un estreno cinematográfico.

### Desfile y playas

Las voces de mando comenzaron a oírse. Eran cerca de las cuatro de la tarde de aquel viernes. Había que formar los pelotones para el desfile. Todos salían del barco, que ya estaba debidamente atracado, con un saludo a la radiante Bandera colocada en la popa.

Se experimentaba comodidad con el uniforme de gala. Las camisolas cortas y blancas suavizaban el calor colimense. Los zapatos eran los únicos negros en medio de aquella blancura. Daban elegancia al conjunto los birretes característicos de los Marinos.

Pronto las casas de la ciudad abrieron sus puertas. En cada ventana, en cada zaguán se asomaban familias enteras. El desfile casi coincidía con la fecha de la Revolución, era 21 de noviembre. Los clarines, los tambores y los duros taconazos contra el pavimento, despertaban la cotidianeidad del lugar.

Hermosas muchachas observaban con agrado los grupos de conscriptos. Aplausos, confeti y serpentinas rociaban las avenidas. Los cuerpos firmes, levantada la mirada y con brazadas gallardas se marchaba con entusiasmo. En el balcón del Palacio Central el Presidente Municipal encabezaba la festividad.

El recorrido fue corto. Más se invertía en el Periférico junto a Cuemanco. De inmediato se regresó a la base y ahí el Capitán expresó su satisfacción. Acto seguido se comunicó que más tarde habría un baile en el Casino Naval y que a partir de ese momento hasta la medianoche se tenía franquicia.

En el barco todo era movimiento. La gran mayoría nos preparábamos para nadar, otros preferían visitar el pueblo en busca de aventuras. A la subida y bajada del Tehuantepec no se debía olvidar el respetuoso saludo a la Bandera. Era como persignarse ante una iglesia.

Las solitarias playas se vieron asaltadas por nuevos clientes. La tarde se ausentaba y había que aprovechar los últimos rayos solares. Por fin era posible confundirse con la gente común, pues los trajes de baño no eran militares, aunque la malograda cabellera delataba nuestra procedencia.

Al pie de una playa reposaba un hotel de primera. Su limpia alberca era ocupada por tres norteamericanos. Pero de repente el escándalo irrumpió el lugar; la alberca atestada de marineros sirvió para el enjuague de éstos, pero más para su deleite particular. No se tuvieron noticias de que el administrador se enojara. Quizá ni se dio cuenta del suceso.

Después de haber salado nuestros cuerpos la noche había llegado. En los cables de luz se posaban las auriazules golondrinas. El zócalo lucía lleno. Muchos compañeros ya entablaban alentadora amistad con las colimenses.

El 656, el 678 y yo (el 681), paseamos por el puerto. Decidimos comer tortas en una fonda, después también quisimos encontrar pareja para el baile de esa noche. Todo parecía indicar que Manzanillo no era bueno en cosecha de mujeres, pues difícilmente piropeamos a algunas...las demás nos las habían ganado.





El 656 prefirió irse al casino a probar suerte en el baile. Mi otro camarada y yo agotamos la noche en las calles de Manzanillo. El baile no nos llamó la atención a pesar de que había un buen ambiente. Sólo nos asomamos, cerca de una esquina donde las olas se estrellaban furiosamente contra las rocas.

A punto de agotarse el plazo de libertad, un buen número regresamos a dormir. Ya recostados unos recios pasos intranquilizaron el camarote. De pronto, la voz amenazadora de un Teniente gritaba: "¿Quién tomó las llaves de una señorita en la fiesta?". Primero hubo risas por el suceso, pero cambiaron por lamentaciones cuando el Teniente advirtió: "Nadie saldrá mañana si esas llaves no aparecen".

El descontento cundió. Algunos bromeaban con otros al decir: "ya regrésenlas". Por fortuna al poco tiempo las traviesas llaves aparecieron. No supimos quién las tomó. Nos hubiera gustado saberlo para desquitarnos del victimario. Lo único que se dijo fue: "Se tomaron por descuido".

La calma volvió. Todos teníamos planes para el día siguiente. Manzanillo ya había conquistado nuestros ánimos.

## El Regreso

El despertar del sábado fue un tanto triste. No permaneceríamos en Manzanillo más que unas cuantas horas. Tendríamos que regresar a Acapulco dado que el barco era solicitado y ya no podía prestar sus servicios al animado grupo de conscriptos.

Tras el desayuno fue posible dar un rápido recorrido de despedida por el puerto. Fue oportuno el tiempo para comprar algunos objetos a los seres queridos. Los planes de volver a nadar y lanzarse a las conquistas se vinieron abajo. Ese sábado sería un día de nuevo encierro en el barco.

Cuando el sol caía linealmente en el puerto, el Tehuantepec estaba listo para zarpar. La salida se retrasó por tres conscriptos que se habían extraviado en el tiempo. Habían amenazas de partir aunque faltara gente, pero de eso a su cumplimiento existía un abismo.

Se necesitó hasta de la ayuda de un helicóptero para la búsqueda. Por fin los paseantes llegaron. Abandonamos Manzanillo al compás del Himno de Infantería de Marina que Marineros del lugar nos brindaron. De nuevo las rugosas cordilleras se perdieron y volvió a dominar el solitario panorama acuoso.





Los indisciplinados conscriptos fueron castigados con duras tareas por el resto del día. Para los demás el regreso fue tranquilo. En esta ocasión, además de la guitarra al fondo, nos acompañaban en círculos, las gaviotas que olían seguramente los alimentos del transporte.

Apegado a la tradición de las impresiones, el regreso pareció mucho más corto. La madrugada del domingo comenzó con otro placentero baño. La alegría no se había perdido, todo indicaba que en Acapulco se aprovecharía el tiempo robado a Manzanillo.

Después del desayuno y cerca del mediodía, recibimos gustosos el espectáculo natural de la bahía guerrerense. Otra noticia tristona se difundió: no era posible visitar la ciudad, sólo se podría nadar en la playa de la base. Seguramente otra vez el temor a los guerrilleros. Sin haber muerto el ánimo, la tripulación salió en elegante traje de baño.

Al entrar a la playa, los conscriptos del lugar terminaban su instrucción semanal. En ese instante en México los Marineros que no nos acompañaron estarían en las mismas condiciones. ¡Qué diferente era gozar de un "Servicio Militar libre"!, aunque fuera por una semana.

A pesar de que ya se comenzaban a poner obstáculos para la ocupación de la playa, todos la tomamos por sorpresa. Ahí las horas pasaron sin prisa. El refrescante mar alegraba el cuerpo. Hubo tiempo para juegos de diversos tipos, entre ellos el apasionante fútbol. Todos conformes nos dejábamos arrastrar por las traviesas olas. Aquel día muchos no comimos por mero gusto de abrazar el mar.

Algunos de "a bucito", burlaron la vigilancia y llegaron hasta las playas turísticas.

Todos hubiéramos deseado eso, pero era exponernos demasiado y si el viaje estaba en las últimas, no valía la pena destrozarlo por una impertinencia.

La hora del regreso se acercaba. Después de un rudimentario baño a base de una jícara, merendamos en un santiamén. Los camiones esperaban ya para ser abordados. Tras revisar nuestras pertenencias, pues se habían registrado algunos robos infantiles (como de calcetines), abandonamos al histórico Tehuantepec.

Las ruedas de los camiones dejaron su huella en el puerto y tomaron la carretera rumbo a México.

El sueño no pidió permiso esta vez y se apoderó de todos. La gris y friolenta urbe dio paso a la caravana. Era lunes, día activo, pero la temprana hora permitió que todos llegáramos a casa sin contratiempos. Las botas negras quedarían guardadas por una semana para ser, el próximo domingo, las mismas botas pesadas de siempre.

### Colofón

Entre las reformas que afanosamente se buscan para el Servicio Militar Nacional, no deberían olvidarse los estímulos culturales. Si la fuerza y la valentía se combinan con rasgos culturales será posible formar caracteres afables y dignos.

La Armada de México puede estar segura que en viajes como el aquí descrito, no conquista tierras pero sí sentimientos. Y es que el abandono de una rutina mecánica, a veces ingrata como la instrucción militar, para dar paso a las vivencias que el generoso mar brinda, permiten rescatar la alegría y, sobre todo, la esperanza que la juventud tiene en el futuro.